

muestra el santo á la autoridad de la Iglesia, en la cándida entereza con que reconoce los límites del entendimiento humano, échase de ver que estaba en la persuacion de que *no es imposible creer antes de comprender*; pues que no es lo mismo estar cierto de la existencia de una cosa que conocer claramente su naturaleza.

CAPITULO LXXI.

YSA que nos hemos trasladado á los siglos XI y XII, para examinar cuál habia sido en ellos la conducta de la Iglesia con respecto á los novadores, detengámonos algunos instantes en la misma época, como en un excelente punto de vista, para observar desde allí la marcha del espíritu humano.

Se ha dicho que el desarrollo del entendimiento habia sido en Europa enteramente teológico; esto es verdad, y verdad necesaria. La razon es muy sencilla: todas las facultades del hombre se desenvuelven conforme á las circunstancias que le rodean: y así como su salud, su temperamento, sus fuerzas y hasta su color y estatura, dependen del clima, de los alimentos, del tenor de vida, y otras circunstancias que le afectan; así tambien las facultades intelectuales y morales llevan el sello de los principios que preponderan en la familia y sociedad de que forma parte. En Europa el elemento predominante era la religion; se la oye, se la ve, se la encuentra en todos los objetos; sin ella no se descubre en ningun punto un principio de accion y de vida; y así era preciso que todas las facultades del europeo se desenvolviesen en un sentido religioso. Si bien se observa, no era solo el

entendimiento el que presentaba ese carácter; era tambien el corazón, hasta las pasiones, todo el hombre moral; de suerte que así como no se puede dar un paso en ninguna direccion de Europa sin tropezar con algun monumento religioso, tampoco se puede examinar ninguna facultad del europeo sin encontrar la huella de la religion.

Lo que sucedia en el individuo, se verificaba tambien en la familia y en la sociedad: la religion era igualmente dueña de estas que de aquel. Un fenómeno semejante encontramos en todas partes donde el hombre haya caminado hácia un estado mas perfecto; pudiendo asegurarse como un hecho constante en la historia del linaje humano, que jamas ninguna sociedad adelantó por el camino de la civilizacion, á no ser bajo la direccion é impulso de los principios religiosos. Verdaderos ó falsos, razonables ó absurdos, se los encuentra en todas partes donde el hombre se perfecciona; y bien que sean dignos de lástima algunos pueblos, por las monstruosidades supersticiosas en que se precipitaron, todavía se debe confesar que bajo aquella supersticion se ocultaban gérmenes de bien, que no dejaban de proporcionar considerables ventajas. Los egipcios, los fenicios, los griegos, los romanos, todos eran muy supersticiosos; y sin embargo hicieron tantos adelantos en la civilizacion y cultura, que nos asombran aun con sus monumentos y recuerdos. Fácil es reirse de una práctica extravagante ó de un dogma descabellado; pero no debe nunca olvidarse que hay una porcion de principios morales que solo medran ó se conservan, estando bajo la sombra de las creencias; principios indispensables para que el individuo no se convierta en un monstruo, y no se quebranten todos los lazos de la sociedad y de la familia. Se ha hablado mucho contra la inmoralidad tolerada, consentida, y á veces predicada por algunas religiones; por cierto que nada hay tan lamentable como que sirva para estraviar al hombre aquello que debiera ser su principal guia; pero si miramos al través de aquellas sombras, que tanto nos chocan á primera vista, no dejaremos de descubrir algunas ráfagas de luz, que nos haran mirar á las falsas religiones, no con indulgencia, pero sí con menos horror que á los sistemas impíos, que no reconocen otro ser que la materia, ni otro Dios que el placer.

La sola conservacion de la idea del bien y del mal moral, idea

que solo tiene sentido en el supuesto de existir una divinidad, ya es de suyo un beneficio inapreciable; y este beneficio lo traen siempre consigo las religiones, aun las que permiten ó mandan aplicaciones monstruosas y criminales. Sin duda que se han visto en los pueblos antiguos, y se ven todavía en los no iluminados por el cristianismo, aberraciones lamentables; pero en medio de estas mismas aberraciones hay siempre alguna luz; luz que por poco que brille, por pálidos y endebles que sean sus rayos, vale incomparablemente mas que las densas tinieblas del ateísmo.

Entre los pueblos antiguos y los europeos, habia una diferencia muy notable, y es, que aquellos marcharon hácia la civilizacion saliendo de su infancia, y estos se dirigian al mismo punto saliendo de aquel estado indefinible, que resultó de la confusa mezcla que en la invasion de los bárbaros se hizo de una sociedad jóven con otra decrepita, de pueblos rudos y feroces con otros civilizados y cultos, ó mas bien afeminados. De aquí provino que en los pueblos antiguos se desplegó primero la imaginacion que el entendimiento, y entre los europeos se desplegó primero el entendimiento que la imaginacion. En aquellos, lo primero que se encuentra es la Poesía; en estos al contrario, lo primero que hallamos es la Dialéctica y la Metafísica.

Investiguemos la causa de tamaña diferencia. Cuando un pueblo está en la infancia, ya sea propiamente dicha, ó bien porque habiendo vivido largo tiempo en la estupidez, se encuentre en situacion semejante á la de un pueblo niño, abunda de sensaciones y se halla escaso de ideas. La naturaleza con toda su magestad, con todas sus maravillas y secretos, es lo que le afecta mas vivamente; su lenguaje es magnífico, pintoresco, poético; las pasiones no son refinadas, pero en cambio son enérgicas y violentas; y el entendimiento que busca con candor la region de la luz, ama la verdad pura y sencilla, la confiesa, la abraza sin rodeos, y no es á propósito para sutilezas, cabilaciones y disputas. La cosa de menos importancia le sorprende y admira, con tal que hiera vivamente los sentidos y la imaginacion; y si un hombre le ha de inspirar entusiasmo, es menester que le presente algo de sublime y heróico.

Observando el estado de los pueblos de Europa en los siglos medios, se nota desde luego que ofrecian alguna semejanza con

un pueblo niño; pero que eran tambien muchas y muy reparables las diferencias. Tenian las pasiones mucha energía, agradaba tambien sobremanera lo extraordinario y maravilloso; y á falta de realidades creaba la fantasía sombras gigantescas. La profesion de las armas era la ocupacion favorita; las aventuras mas peligrosas eran buscadas con afán, y arrojadas con increíble osadía. Todo esto indicaba desarrollo de sentimiento y de imaginacion, en lo que estas facultades encierran de mas fuerte y brioso; pero ¡cosa notable! mezclábase con tales disposiciones una aficion singular á los objetos puramente intelectuales; al lado de la realidad mas viva, mas ardiente y pintoresca, se levantaban las abstracciones mas frias y descarnadas. Un caballero cruzado, ricamente vestido, rodeado de trofeos, radiante con la gloria adquirida en cien combates; y un dialéctico sutil, disputando sobre el sistema de los nominales y llevando las abstracciones y cavilaciones hasta un punto inteligible; hé aquí dos objetos por cierto bien poco parecidos; y sin embargo estos objetos coexistian en la sociedad; y no como quiera, sino con mucho prestigio, favorecidos con toda clase de obsequios y seguidos por ardientes entusiastas.

Aun atendiendo á la situacion extraña en que según llevo indicado se encontraron las naciones de Europa, no es fácil explicar la razon de esta anomalía. Se deja entender sin dificultad que los pueblos europeos en su mayor parte salidos de los bosques del Norte, y que habian vivido por mucho tiempo en guerra ya entre sí, ya con los conquistados, debian de conservar con sus hábitos guerreros, imaginacion viva y fuerte, y pasiones enérgicas y violentas; lo que no se concibe tan bien es su inclinacion á un orden de ideas puramente metafísico y dialéctico. No obstante profundizando la cuestion no deja de conocerse que esta anomalía tenia su origen en la misma naturaleza de las cosas.

¿Por qué un pueblo en su infancia abunda de imaginacion y de sentimientos? porque abundan los objetos que excitan sus facultades, y porque estos pueden ejercer su accion con mas fuerza, á causa de que el individuo se halla espuesto de continuo á la influencia de las cosas exteriores. El hombre primero siente é imagina, despues entiende y piensa; así lo exigen en su naturaleza el orden y dependencia de las facultades. Y hé aquí la

razon de que primero se desarrollen en un pueblo la imaginación y las pasiones, que no el entendimiento: aquellas encuentran desde luego su objeto y su pábulo, este no; y por lo mismo precedió siempre la edad de los poetas á la de los filósofos. Infiérese de aquí que los pueblos niños piensan poco, porque carecen de ideas; y en esto se halla una diferencia capital que los distingue de los de Europa en la época de que hablamos: *en Europa abundan las ideas*. Lo que explica por qué se hacia tanto aprecio de lo puramente intelectual, aun en medio de la mas profunda ignorancia; y por qué se esforzaba el entendimiento en descollar tambien, cuando parece que no habia llegado su hora. Las verdaderas ideas de Dios, del hombre y de la sociedad, estaban ya esparcidas por todas partes, merced á la incesante enseñanza del cristianismo; y como quedaban muchos rastros de la sabiduría antigua, ya cristiana ya gentil, resultaba que el entendimiento de un hombre de alguna instruccion se hallaba en realidad lleno de ideas.

A pesar de tamañas ventajas, claro es que por efecto de la ignorancia acarreada por tantos trastornos, habíase de encontrar el entendimiento abrumado y confuso con aquella mezcla que se le presentaba de erudicion y de filosofía; y que habia de escasear de discernimiento y buen juicio, para hacer de una manera provechosa el simultáneo estudio de la Biblia, escritos de los santos Padres, derecho civil y canónico, obras de Aristóteles, y comentarios de los árabes. Todo esto no obstante se estudiaba á la vez, de todo se disputaba con ardor; y al lado de los errores y desvaríos que eran en tal caso inevitables, marchaba la presuncion, inseparable compañera de la ignorancia. Para explicar con acierto varios puntos de la Biblia, de los santos Padres, de los códigos, de las obras de los filósofos, era necesario prepararse con grandes trabajos, como lo ha enseñado la experiencia de los siglos posteriores. Era preciso estudiar las lenguas, registrar archivos, desenterrar monumentos, recoger de todas partes un gran cúmulo de materiales; y luego ordenar, comparar, discernir; en una palabra, era menester un gran fondo de erudicion, alumbrado por la antorcha de la crítica.

Todo esto faltaba á la sazón, ni era dable adquirirlo sino con el trascurso de los siglos. ¿Y qué sucedia? lo que por precisión debía suceder, habiendo el prurito de explicarlo todo: ¿se ofre-

cia una dificultad? ¿faltaban datos, noticias para resolverla? se echaba por el atajo: en vez de estribar sobre un hecho, se estribaba sobre un pensamiento; en lugar de un raciocinio sólido, se ponía una abstraccion cavilosa; ya que no era posible formar un cuerpo de sábia doctrina, se amontonaba un confuso ráfago de ideas y palabras. ¿Quién por ejemplo, no se rie ó no se compadece de Abelardo, al verle ofrecer á sus discípulos la explicacion del profeta Ezechiel, y con la condicion de no tomarse sino un tiempo muy escaso para prepararse, y cumplir luego su oferta? ¿No les parece á los lectores, que en el siglo XII, y tratándose del profeta Ezechiel, y estando poco preparado el maestro, debió de ser la explicacion muy feliz é interesante?

Fué tanto el ardor con que se abrazó el estudio de la dialéctica y de la metafísica, que en poco tiempo llegaron á eclipsar todos los demas conocimientos. Esto acarreó gravísimo daño al espíritu; porque absorvida toda su atencion en su objeto predilecto, miró con indiferencia la parte sólida de las ciencias, cuidó poco de la historia, no pensó en literatura, resultando de aquí que no se desarrolló sino á medias. Postergado todo lo relativo á imaginacion y afectos, quedó dueño del campo el entendimiento; y no en su parte útil, como lo es percepcion clara y cabal, juicio maduro, y raciocinio sólido y exacto, sino en lo que tiene de mas sutil, cabiloso y extravagante.

Me atreveré á decir que los hombres que culpan á la Iglesia por la conducta que á la sazón observó con los novadores, han comprendido muy mal la situacion científica y religiosa en que entones se encontraba la Europa. Ya hemos visto que el desarrollo intelectual era religioso; y de aquí es que aun cuando el entendimiento se apartó del verdadero camino, conservó todavía este carácter; de lo que dimanó que se vieron aplicadas á los mas sublimes misterios las sutilezas mas extrañas. Casi todos los herejes de la época eran famosos dialécticos, y empezaron á extraviarse por un exceso de sutilezas. Roscelin era uno de los principales dialécticos de su tiempo, fundador de la secta de los nominales, ó al menos uno de sus principales caudillos; Abelardo era célebre por su talento sutil, por su habilidad en las disputas, y por su destreza en explicarlo todo conforme á su talante; el abuso del ingenio le condujo á los errores de que he hablado mas arriba; errores que habria podido evitar si no

se hubiera entregado con tanto orgullo á sus vanos pensamientos. El espíritu de utilizarlo todo condujo á Gilberto de la Poirée, á los errores mas lamentables sobre la Divinidad; y Amauri, otro filósofo célebre al estilo de la época, se calentó tanto el cerebro con la *materia prima* de Aristóteles, que llegó á decir que esa materia era Dios.

La Iglesia se oponia con todas sus fuerzas á aquel hormiguero de errores nacidos de cabezas alucinadas con fútiles argumentos, y desvanecidas por un orgullo insensato; y es necesario desconocer enteramente los verdaderos intereses de las ciencias, para no convenir en que la resistencia de la Iglesia á los sueños de los novadores era muy beneficiosa al progreso del entendimiento.

Aquellos hombres fogosos, que sedientos de saber se lanzaban con ardor sobre la primera sombra que forjaban sus fantasías, habian menester en gran manera las amonestaciones de una voz juiciosa que les inspirara sobriedad y templanza. Daba apenas el entendimiento los primeros pasos en la carrera del saber, y ya se figuraba saberlo todo; todo pretendia conocerlo; excepto el *nescio*; el *no sé*; como le echa en cara san Bernardo al vanidoso Abelardo, ¿Quién no se alegra para el bien de la humanidad y honor del humano entendimiento, al ver á la Iglesia condenando los errores de Gilberto, errores que á nada menos tendian que á trastornar las ideas que tenemos de Dios; y los de Amauri y su discípulo David de Dinant, que confundiendo al Criador con la materia primera, destruian de un golpe la idea de la Divinidad? ¿Le habia de ser muy saludable á la Europa, el empezar su movimiento intelectual, arrojándose desde luego á la sima del panteísmo?

Si el entendimiento humano hubiera seguido en su desarrollo el camino por el cual le guiaba la Iglesia, se habria adelantado la civilizaci6n europea, cuando menos dos siglos; el siglo xiv hubiera podido ser el xvi. Para convencerse de esta verdad no hay mas que comparar escritos con escritos; hombres con hombres: los mas adictos á la fé de la iglesia se levantaron á tal altura que dejaron muy atrás á su siglo. Roscelin tuvo por adversario á san Anselmo; este se mantuvo siempre sumiso á la autoridad, aquel le fué rebelde; y ¿quién podria comparar al sabio arzobispo de Cantóberi con el dialéctico de Compiègne? ¿Qué diferencia tan grande entre el profundo y juicioso metafísico autor del Monologio y Prosologio, y el frívolo disputador corifeo de los nomi-

nales? Las sutilezas y cavilaciones de Roscelin ¿valen algo si se las compara con los elevados pensamientos del hombre, que en el siglo xi llevaba ya tan adelante sus ideas metafísicas, que para probar la existencia de Dios, sabia desprenderse de palabras vanas y quisquillosas, concentrarse dentro de sí mismo, consultar sus ideas, analizarlas, compararlas con su objeto, y fundar la demostracion de la existencia de Dios en la misma idea de Dios, adelantándose cinco siglos á Descartes? ¿Quién entendia mejor los verdaderos intereses de la ciencia? ¿Dónde está el funesto influjo que para apocar y estrechar el entendimiento de san Anselmo, debió de ejercer esa autoridad tan temible de la Iglesia, esa usurpacion de los papas sobre los derechos del espíritu humano?

Y Abelardo, el mismo Abelardo, ¿puede acaso ponerse en parangon con su adversario católico, con san Bernardo? Ni como hombre, ni como escritor, ¿qué es Abelardo comparado con el insigne abad de Claraval? Abelardo se empapa en todas las sutilezas de la escuela, se disipa en disputas ruidosas, se desvanece con los aplausos de sus discípulos alucinados por el talento y osadía del maestro, y mas todavía por la extravagancia científica dominante en aquel siglo; y sin embargo ¿qué se han hecho sus obras? ¿quién las lee? ¿quién recorre á ellas para encontrar una página bien razonada, la descripción de un grande suceso, algun cuadro de las costumbres de la época, es decir, nada de cuanto puede interesar á la ciencia ó á la historia? ¿Y quién es el hombre instruido que no haya buscado varias veces todo esto en los inmortales escritos de san Bernardo?

No cabe mas sublime personificaci6n de la Iglesia combatiendo con los herejes de su tiempo, que el ilustre abad de Claraval, luchando con todos los novadores, y llevando, por decirlo así, la palabra en nombre de la fé católica. No cabe encontrar mas digno representante de las ideas, de los sentimientos que la Iglesia procuraba inspirar y difundir, ni expresi6n mas fiel del curso que el Catolicismo hubiera hecho seguir al espíritu humano. Parémonos un momento á la vista de esa columna gigantesca que se levanta á una inmensa altura sobre todos los monumentos de su siglo; de ese hombre extraordinario que llena el mundo con su nombre, que le levanta con su palabra, le domina con su ascendiente; que le alumbraba en la oscuridad, que sirve como de misterioso eslabon para unir dos épocas tan distantes como son la